

La vida es sueño. ("La Nación", Buenos Aires (A. A.) 26 febrero 1917).

Recogido en "de esto y de aquello"  
tomo I

5-25



## LA VIDA ES SUEÑO

(Para LA NACIÓN)

SALAMANCA, enero de 1917.

Arturo Farinelli es uno de los italianos beneméritos de las letras españolas, y de los que más. Difícilmente habrá en Italia quien conozca mejor que él nuestra literatura española antigua y moderna, y en España misma serán pocos, pero muy pocos, quienes le aventajen en tal conocimiento. Conócela, además, comparativamente—que es la mejor manera de conocer bien una cosa—en cotejo con otras literaturas, pues su conocimiento de éstas es vastísimo. Aparte de la de su propia patria, de la italiana, conoce a maravilla la alemana, a la que ha dedicado muy doc- tos trabajos de investigación y de vulgarización. Los últimos trabajos de él en este campo de la historia literaria germánica han sido sus lecciones sobre el romanticismo en Alemania («El romanticismo in Germania», Bari, Gios. Laterza e figli, 1911) y las que dió en la universidad de Turín sobre el dramaturgo Cristián Federico Hebbel, que al cabo de años de casi olvido, empezaba a ponerse de moda en su patria en vísperas de la guerra. («Hebbel e i suoi drammi», Bari, Laterza, 1912).

En los ocho años, de 1896 a 1904, en que volvió a su patria italiana, Farinelli dió en la universidad austriaca de Innsbruck cursos sobre Moliere, el drama de Racine, el «René» de Chateaubriand y los descendientes del «Werther» en Francia, Torcuato Tasso y la Corte de Este, Leopardi, el «Paraíso» del Dante, los «Ensayos» de Montaigne, la lengua y la lírica en Italia en el período de los orígenes, Petrarca y los comienzos del humanismo en Italia, la «Vida» de Cellini y el «Cortesano» de Castiglioni, la novela en Italia en la Edad Media y el Renacimiento, el «Príncipe» de Maquiavelo con lecturas y ejercicios, la poesía épico-caballeresca en Italia, desde los orígenes hasta Ariosto, Leopardi y Manzoni, la prosa científica en Italia, los dramas bíblicos de Racine, el «Infierno» del Dante, Mme. de Staël y su libro «De l'Allemagne», y por lo que hace a nuestras letras españolas en esos mismos ocho años dictó en Innsbruck lecciones de introducción en el español y de morfología de nuestra lengua; comentó los dramas y autos de Calderón, los primeros capítulos del «Quijote», «La prudencia en la mujer» de Tirso de Molina, «Os Lusíadas» de Camoens y cotejó nuestro «Don Juan» con el «Tartuffe» molieriano. Sobre el Tenorio tiene una obra que provocó aquí en España, otra del malogrado Víctor Said Armesto.

Dirige ahora Farinelli una colección de estudios titulada «Letterature moderne» que edita la casa Fratelli Bocca, en Turín. En esta colección que consta ya de cinco volúmenes—los otros tres sobre el drama de Zacarías Werner, Novalis y su «Heinrich von Ofterdingen e Ibsen»—dedicáanse los dos primeros a Calderón y son del mismo Farinelli. Llevan el título común de «La vida es sueño» (La vita e un sogno), dedicándose el primer volumen a los preliudios al drama de Calderón y el segundo a la concepción de la vida y del mundo—acaso sería mejor decir del sueño—en Calderón y al drama mismo. Representa esta obra un obstinado trabajo y meditación de años enteros y atesora una enorme, enormísima erudición y erudición viva y vivida.

No hace falta decir que la sentencia

o aforismo que sirve de título al más famoso acaso de los dramas españoles es una sentencia antiquísima y que desde los albores de la conciencia dolorosa de la humanidad viene rodando de siglo en siglo y de pueblo en pueblo. La concepción de la vida y del mundo que se cifra y compendia en el dicho de «la vida es sueño» debió de nacer con el nacer mismo de la conciencia refleja y la historia no hace sino corroborarla y alimentarla, con una u otra variante. Pues si atendemos al espectáculo que nos está dando la actual guerra europea, esta guerra a que cierta jerga reporterística llama conflagración y otras veces conflicto, diríamos que la vida es pesadilla, y si atendiésemos a lo que pasa en no pocos lugares de esta nuestra España, que la vida es siesta o que es modorra.

Sí, la concepción higiénica de la vida es antigua, antiquísima, y si Farinelli la sigue desde las más remotas edades y los más remotos pueblos, desde el Oriente, China, India y las doctrinas búdicas, por los persas y los hebreos—ahí está el Libro de Job—y los griegos clásicos, y la Edad Media cristiana, y el Renacimiento, y la Reforma hasta llegar a los tiempos de Calderón. Y podía haber seguido estudiando el desarrollo de ese íntimo y eterno tema de la más profunda inquietud humana después de Calderón, hasta nuestros días, y de hecho hace numerosas referencias a este ulterior desarrollo ya que los dos volúmenes están henchidos, en su maravillosa erudición, de citas al respecto de autores modernos.

Claro está que aparecen los textos ya clásicos, el de «vanidad de vanidades y todo vanidad», el de Píndaro de que el hombre es el sueño de una sombra, y aquel de Shakespeare de que estamos hechos de la substancia de los sueños, de que yo dije en mi obra



VNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S



«Del sentimiento trágico» que es sentencia más trágica que la del nuestro, pues mientras en aquélla, en la de Calderón, sólo se declara sueño a nuestra vida, mas no a nosotros los soñadores de ella, el inglés nos hace también a nosotros sueño, sueño que sueña, comentario mío que me hace Farinelli el honor de citar y transcribir. Pero hay otra concepción más trágica aun que la de estimar con la lección de espíritus a que Calderón representa, que la vida es sueño, o la de estimar con Shakespeare que estamos hechos de la madera de los sueños y es imaginarse que todo este mundo humano y su historia no es más que un sueño de Dios y que el día en que éste, Dios, se despierte se desvanecerá el sueño. Alguien ha dicho que la historia es el pensamiento de Dios; algún otro podría creer que es su sueño el ensueño divino y no faltarán quien ante la guerra sospeche que la historia es la pesadilla de Dios.

El drama de Calderón es, según Farinelli, la negación de la vida. ¿Será así? ¿Es negar la vida declararla sueño? Pues si la vida es sueño, el sueño es vida y váyase lo uno por lo otro.

Este largo estudio de Farinelli resulta hoy de una grandísima utilidad. El drama calderoniano brotó en España cuando ésta, roto su ensueño de hegemonía mundial, comenzaba a declinar. Fué entonces cuando Calderón, condensando en un título la substancia de filosofías mundiales, declaró que debíamos acudir a lo Eterno,

que es la fama vividora  
donde ni duermen las dichas  
ni las grandezas reposan.

¿Quién sabe si este Calderón, que en tan alto predicamento estuvo hace un siglo en la docta Germania romántica, merced, sobre todo, a Federico Schlegel, y tan estudiado y ensalzado fué entonces allí, no volverá a estarlo de nuevo pronto?

Farinelli recorre, como dije, los siglos y las civilizaciones, recogiendo todas las más expresiones que puede de ese tema fundamental de que la vida es sueño y todas las fábulas y leyendas referentes al hombre a quien se le hace dormir para ponerlo en una situación de vida que no es la suya propia cotidiana, para volverlo luego a su habitual estado, sea por burla, sea por otro móvil. El Oriente, aquella edad—porque el Oriente es una edad tanto como una región y categoría cronológica, aun más que geográfica, ya que hay hombres actuales de todos los siglos y hasta trogloditas—el Oriente es el que da más cosecha de expresiones del tema calderoniano. Y es que el Oriente histórico era sueño. Ocurríale lo que a los niños que apenas distinguen entre el sueño y la vigilia, hasta que para decir de uno que no dice verdad dicen: «lo habrá soñado». El Oriente es el que más presta al tema, pero también la Grecia clásica, platónica, no tan separada de aquél como por muchos se creía y aun se cree.

Hay mucho, en efecto, de tópico en lo de la serenidad y la «aquendidad» helénicas. Basta, a falta de más detenidos y directos estudios, leer el libro «Psyche», de Rohde, para convenirse de que es un prejuicio infundado el de creer que los griegos clásicos no se preocuparon de ultratumbas, de la «callendidad», de lo de más allá de la muerte. Porque, en rigor, eso de que la vida es sueño, y este punto no lo desarrolla suficientemente Farinelli, nace de la preocupación del más allá de la muerte. La sentencia la vida es sueño lleva como correlativo esta otra: la muerte es vela. Calderón, estricto y rígido católico apostólico romano a la antigua española, sin sombra de duda—y esto lo ha visto muy bien Farinelli—creyó que al morir despertamos del sueño de la vida. Su sentencia, aunque de antiquísimo origen, es, en el sentido que él le da, una sentencia cristiana y no budista y ni aun pindárica o pla-

tónica. Porque la otra vida sigue siendo un sueño para Platón, y basta leer el «Fedón» para convencerse de ello. Para Calderón no; era una realidad, una vela, algo más real y sólido que esto.

Es que el cristianismo, como hace muy bien notar Farinelli, dió sustantividad ideal al hombre, a quien se guardaba mucho de reducir a sombra. San Agustín defendía la duda, pero diciendo que el hombre cierto de la ciencia de su vida no dice: «sé que estoy despierto», sino: «sé que vivo», pues que vive, ya «duerma, ya esté en vela». «Porque dormir y ver en sueños es cosa de vivo», añade.

«No hay que despreciar los sueños», dijo Hebbel, según la cita de Farinelli, y él, Hebbel, soñó terriblemente. Como que algunos de los pasajes de sus dramas llegan a la pesadilla.

«Y no es singular—escribe Farinelli—la fe persistente en la virtud de los sueños en el poeta de las luchas más heroicas y desesperadas de los germanos, que se cierran con la manzana inmensa de los Nibelungos? Aquí no había lugar de contemplación o de absorción estática. La mano corre instantánea a la espada para agredir y para atravesar. Se ruge venganza por la menor afrenta. Las pasiones desbordan. La sangre ciega. No hay placer, sino en la lucha, en la violencia, en el exterminio. Y caen los gigantes uno a uno; estirpes enteras luchan para abismarse y desaparecer. Sin embargo, dentro de la voluptuosidad y la orgía de muerte, tiembla un temor sagrado por todo indicio de una fuerza sobrenatural que se re-





veía y se despliega en los sueños. Despiértase Dios mientras duerme el héroe. Y manda, en los sueños que recuerda sus mensajes, preanuncio de los ayes y de las desgracias que vendrán. Y el gladiador impávido y fortísimo se aprieta en sí con un gemido, anubla la frente, se detiene un momento, pero sigue y combate, palpitante, hasta que se cumple su último trágico sentido".

El sueño de la vida es muy otro para estos Nibelungos que lo era para los héroes de Calderón. Su último poeta, aquel Hebbel tan estudiado y tan querido de Farinelli, decía que "el Demonio que rige la sangre es aún en ellos poderoso y le siguen alegremente—"freudig"—cuando ciegos y huecos". ¿No es el "Schadentende"?

Precisamente estos días leía una reciente canción alemana que dicen—digo no más sino que dicen, pues aún me resisto a creerlo—de la que es esta estrofa que fielmente traduzco: "Allá, allá está el enemigo en cobardes trincheras de abrigo. Atacámoste, y un perro sería el que hoy creyese que hay que darle perdón. ¡Matad a todos los que pidan gracia; fusilad a todos como a perros. Más enemigos, más enemigos! sea nuestro ruego en esta hora de retribución".

«Mehr Feinde! mehr Feinde!» ¿Es que este grito de la desesperación no ha brotado acaso en una pesadilla? Entretanto, Segismundo, el calderoniano, creía que el hacer bien no se pierde ni aun en sueños, y tal era su razón práctica.

Farinelli recoge cuanto acerca de la concepción que se simboliza y compendia en el título del drama calderoniano pensaron y dijeron los más grandes espíritus, Dante, Boccaccio, Petrarca, Montaigne, Descartes, Miguel Angel, Pascal, Shakespeare, Bossuet, etc., etc. Háblanos del pesimismo del Renacimiento, pues nunca se expresa el pesimismo más fuertemente que cuando el optimismo lo hace igual ya que a más deslumbrantes claros más negras resultan las sombras. Y la tesis pesimista se recrudesció con la Reforma y con el humanismo que la acompañaba. "En aquel su goce-mos, bebamos en alegres copas hay un vibrar de secreto sufrimiento y de tácito dolor", dice Farinelli.

Junto a los máximos ingenios de otros pueblos que glosaron el tema de la vida es sueño, cita Farinelli a los españoles, a los que aquí prepararon el camino al drama calderoniano, empezando por Lope, por el gran Lope, poeta, sin duda, más grande y más completo que Calderón. Todo un capítulo dedica F. a los místicos, teólogos, poetas y soñadores de España en el alba del drama de Calderón. Sólo he echado de menos a dos, al P. Marian, aquel recio jesuita que tan hondas inquietudes espirituales sintió y tan sombría concepción tuvo de la vida, y a Miguel de Molinos, el apóstol del quietismo. ¡Para éste sí que era la vida sueño! Pero sueño de dormir, no sueño de soñar. Y es extraño que se le haya pasado ese aragonés que vivió lo mejor de su vida y actuó en Italia.

1a  
1a

Entra en cuenta, claro está, Cervantes que también dijo—en la «Galatea»—y quién no? que «es nuestra vida un sueño», pero fué un sueño henchido de realidad para él. Toda la locura de Don Quijote fué un sueño generoso, y él lo sospechó. Recleed la aventura de la cueva de Montesinos. «Sueña Sancho como sueña Don Quijote—dice F.—Su isla es su mundo más verdadero, más tenazmente construido, fijo en él como están fijos los astros en el cielo».

Lope de Vega soñó como sólo saben soñar los niños y los grandes poetas, despierto y con toda el alma. «Ninguna escisión dolorosa en Lope—dice F.—entre un mundo de fantasía y el mundo de la pura realidad. De los reveses de la fortuna, de las desilusiones inevitables, de los engaños recibidos no hizo argumento de llanto y de alegría.» «Soñemos, ya que debemos soñar, y en el sueño abramos bien los ojos; imaginemos estar despiertos; dominemos nuestros fantasmas.»

«Despertar a quien duerme». Así se titula una comedia de Lope de Vega

y por mi parte he dicho y repetido cien veces que la décimaquinta obra de misericordia, es despertar al dormido. ¿Para qué? Para que sueñe la realidad. Y esto aunque la realidad sea, como es, un sueño. Lo malo es que el dormido no sueña sino duerme en la más profunda inconsciencia. Si la vida es sueño, cuanto más se sueña más se vivirá. El que sabe soñar vive siglos en un año, en un día.

Ahora sí que se sueña y fuertemente en Europa. Y los que más sueñan más viven, aunque la muerte sigue más entre ellos. En cambio, esta miseria moral que han dado en llamar aquí la neutralidad absoluta, la neutralidad indiferente, aparte de que es un engaño—suele ser la capa de la germinación vergonzante cuando no del más abyecto egoísmo nacional (mejor que egoísmo «nostrismo»—es un dormir sin soñar, sin querer soñar, es una modorra.

«La vida es sueño» es de realidad siempre, porque es de perennidad, de eternidad, pero es de mayor actualidad ahora en que se ha intensificado este sueño de Dios, que es la historia humana. Cualquiera diría que están saliendo a luz de conciencia humana las profundidades del inconsciente, del «Unbewusstes» divino, de la inconsciencia de Dios. Y Segismundo, el soñador de Calderón, nos puede enseñar mucho; nos puede enseñar cuán detestables y perecederos son los sueños de hegemonía.

Pero hay otra cosa en esta obra de Farinelli, por donde pazan en grave letanía los más hondos lamentos del hombre soñador, y es sus fines y justas consideraciones sobre la índole del ingenio español y la de nuestro pueblo.

MIGUEL DE UNAMUNO.

